

# «El martes llegué a desmayarme»

**El termómetro roza los 40 grados, La Rioja está en alerta naranja... y ellos siguen en el tajo**



✉ pgarcia@diariolarioja.com

**LOGROÑO.** El infierno no debe ser muy diferente. El cielo está nublado y sopla una brisa tórrida. El termómetro de la esquina anuncia los 34 grados. De repente, una nube se rompe y deja pasar un rayo de sol ardiente que cae de golpe, ferozmente, casi con mala leche, sobre el rostro de Bruno Berdugo, un mocetón navarro de 34 años. «El martes sí que fue un día malo», resopla mientras coloca en la grúa un haz de hierros. Pasan algunos minutos de la una de la tarde. Su compañero, Francisco Galán, de 50 años, señala al firmamento y agradece que haya tantas nubes: «Esta mañana, a las ocho, no corría un pelo de aire. No ha refrescado nada. Pero al menos no hay sol», se consuela.

La Rioja lleva varios días por encima de los 30 grados. En Logroño, el martes, los termómetros superaron los 38. «Estuve todo el día en el tejado y me quemé entero; estoy lleno de ampollas», cuenta Bruno. Señala sus brazos, que han adquirido un color de carne chamuscada, entre negro y cobrizo. «Pero lo peor fue que, al agacharme para hacer algo, incluso llegué a desmayarme». Bruno y Francisco trabajan en la recuperación del edificio de Gran Vía que voló por los aires hace dos años. El encargado, Juan José Miguel, un calagurritano de 62 años, mira a las paredes de los inmuebles vecinos y se consuela: «¡Al menos aquí estamos recogidos y hay un poquito de sombra!».

En la calle República Argentina, José Manuel Ramírez, trabajador de la limpieza, recibe a los periodistas con una sonrisa de estoicismo: «¡Qué le vamos a hacer! Pues llevar la gorra puesta, beber agua con frecuencia y tomarlo con tranquilidad». José Manuel demuestra saberse bien las recetas para luchar contra el calor. Es canario, natural de Las Palmas, y llegó a Logroño en el año 2005. «Allá, todo el día estaba entre los 23 y los 25 grados. Aquí en invierno te congelas y en verano te achicharras», resume. José Manuel coincide con los obreros vecinos en echar pestes del martes flamígero («fue un día criminal»), pero, tal y como anda el patio laboral, tampoco ve muchos motivos de queja: «A todo se acostumbra uno».

Con el valle del Ebro en alerta naranja por el calor, André y Fran-



**Bruno Berdugo Obrero**

«Me quemé y tengo los brazos llenos de ampollas»

**Francisco Galán Obrero**

«Ni siquiera refresca por la mañana»



**André y Francisco Músicos callejeros**

«Con el calor la gente se anima más»



**José Manuel Ramírez Trabajador de la limpieza**

«El martes fue criminal..., pero a todo se hace uno»



**Horno sobre horno.** Nicoleta, de la Pizzería Latino, introduce la pala en el fuego. **FOTOGRAFÍAS :: JUSTO RODRÍGUEZ**

cisco, argentinos de 23 y 26 años, plantan su escenario móvil en una sombrilla de la calle Laurel. Francisco toca la guitarra y André se afana con la percusión. Vienen de Nájera y ahora prueban suerte en Logroño. «Con este calor, es difícil», lamenta André. Su compañero le contradice: «Pues a mí me gusta... Y la gente se anima más. En invierno, cuando hace frío, todo el mundo se mete en sitios cerrados».

Mientras los termómetros del exterior treparon ayer hasta los 36,7 grados, en el horno de la Pizzería Latino, en avenida de Portugal, se suelen alcanzar los 400. «Es lo necesario para que las pizzas se hagan bien», explica Leandro Sáenz, el propietario. A los mandos del horno se encuentra Valvanera, una cocinera logroñesa que no quiere ser fotografiada (cede su puesto a Nicoleta) y que aprovecha la ocasión

para desmentir un tópico: «Aquí frío no hace, eso está claro, pero tampoco se está tan mal». El tiro del horno hace que el calor huya hacia el exterior y no traspase la portezuela: «Yo creo que es algo psicológico, por las llamas. La gente ve la lumbre y se asusta..., pero no es para tanto. ¡Y en invierno se está de maravilla!», exclama.

Visto lo visto, tal vez Bruno, Francisco, Juan José, José Manuel, André y Francisco desearían estar metiendo pizzas en un horno artificial y no poniendo ladrillos (o recogiendo papeles o tocando canciones) en el horno natural que esta semana les ha tocado sufrir. Pero aguantan con una sonrisa. E incluso le encuentran su lado bueno: «El frío intenso es peor porque te hace polvo las articulaciones. ¡Y con este calor las chavalillas nos alegran la vista», bromea Juan José.